



15 de Junio de 1915

Año V.—Núm. 100

SUMARIO

Á «Un andaluz preguntón» (contestación), por *Félix Capdevila*.—Desde Valencia: La pesca con caña en el Perelló (conclusión), por *Salvador Martínez*.—Curiosidades cinegéticas.—Junto á la hoguera: Fué justicia de Dios, por *Alfonso Villalva*.—El cazador, por *E. Peláez Maspons*.—Charlas cinegéticas: En plena veda, por el *Dr. Corral y Mairá*.—Tiro de Pichón en Aranjuez, por *J. Cortarelli*.—Biblioteca de caza y pesca.

(No se devuelven los originales.)

Á «UN ANDALUZ PREGUNTÓN,,

CONTESTACIÓN.

Aunque no conceptúo como tal al que firma con el pseudónimo de este epígrafe, y aunque tarde, tengo la gran satisfacción de contestar, no á un discípulo mío como inmerecidamente se me atribuye en la carta publicada en la revista CAZA Y PESCA del día 15 de Febrero, sino á un catedrático fluvial andaluz (aquí somos castellanos), y como en esas cátedras no se acostumbra á matricular más que los discípulos que tienen verdadera vocación y afición al arte de la pesca, desde el día que se publicó la citada carta me personé en la «Universidad Piscícola», y me matriculé en las asignaturas siguientes: «Pesca con caña; Partes de que se compone; Cebos que se usan; Aparejos del pescador de caña».

Y las pocas lecciones que en tan corto tiempo he podido retener en mi mollera, las cuales no transcribo al pie de la letra por ser mi memoria frágil, dicen así:

LECCIÓN 1.^a *La pesca de caña, etc...*—Ésta, ó sea la caña, se forma de uno ó varios trozos, y del puntal ó puntilla, los cuales se denominan: el primero, trozo gordo; el segundo y tercero, su mismo nombre lo indica; el cuarto se denomina puntalera, y el remate, puntilla ó puntal, que es el que se adapta ó enchufa en la puntalera. La caña, en conjunto, debe ser de trozos machos, que tengan los nudos cortos, que sea de forma cónica, cuyas dimensiones varían entre 14 á 28 pies de longitud, según en el paraje que se pesque y á la clase de cebo con que se piense pescar, la cual será flexible y lo más ligera posible.

Todos los trozos de que se compone la caña son esenciales, pero el que desempeña el principal papel es la puntilla; pues ésta es la que, una vez clavado un pez, se encarga por su flexibilidad de que el pez, al dar la primera carrera, no encuentre una resistencia en la sujeción del mismo, y pueda ó desclavarse, descarnarse ó romper el sedal.

Pero téngase en cuenta que, aunque una caña esté bien armada y tenga buena puntilla, como el pescador no tenga buena

mano izquierda para saber manejar el carrete y buena mano derecha para jugar los distintos movimientos de la caña, ni con puntilla, ni sin ella, logrará conseguir una buena pieza, y en cambio, si el pescador sabe manejar el carrete y la caña con aparejos más finos, conseguirá sacar todos los peces que se claven. (Continúa la lección, que por su mucha extensión no copio más que los tres anteriores párrafos.)

LECCIÓN 15. Cebos que se emplean para pescar con caña.—Muchos y muy variados son los cebos que se emplean para pescar con caña, así como es grande la variedad de peces que se pescan, y por consiguiente, como entre las variedades de peces en aguas dulces suelen ser las anguilas, trucha, carpa, barbo, tencas, boga, cacho, mermeja, barbuco, pancho, etc., citaremos algunos de los cebos que más se emplean para esta variedad de peces, y son:

El gusano de carnes en putrefacción, la lombriz, la mosca, grillo, saltamontes, gusarapa, gusano de gusarapa ó de río, casquillo, rabón, libélulas, piojo de río, cangrejo, oruga ó larvas, caracol, negrilla, pardilla, moscarda, renacuajo, perrilla ó alacrán, cebollero, mariposa, mosca de artemisa, gusano de harina, y otros muchos que se pueden enumerar, á los cuales se les llama cebos vivos; y entre los cebos muertos figuran la ova, muela, garbanzo, pan, masilla, sangre, tripa, queso, clara de huevo cocido, uva y pepita de melón cocida, sin olvidar la patata cocida.

Téngase en cuenta que los peces se alimentan de otras varias clases de cebo que arrastran los ríos, como se ha podido comprobar al destripar un pez; pero, sin embargo, no es lo normal que el pez se alimente de muchos más cebos que los mencionados.

LECCIÓN 16. Épocas y horas en que los peces comen ciertos cebos.—Los peces, según el género á que pertenecen y las distintas variedades que existen de la misma especie en aguas dulces, comen ó se alimentan mucho más durante la primavera que en las demás estaciones del año, para lo cual existen los siguientes fundamentos: el pez durante el invierno frecuenta los

sitios más profundos de los ríos y se encuentra entre las grandes bocas que existen, donde por estar más al abrigo de las temperaturas bajas, encuentran su mejor aposento; y como en esos parajes no pueden encontrar el cebo que por regla general se encuentra en las corrientes ó sitios de menor profundidad, como son los chorreros de los saltos de agua y cascaderas, es razón por la que el pez come menos en invierno; y como consecuencia de lo expuesto, al llegar esta época del año, los ríos, por los períodos de lluvias, suelen traer sus aguas turbias y en mayor cantidad que en verano, por lo cual las grandes avenidas suelen arrastrar en sus corrientes los cebos que por su naturaleza se crían dentro de los ríos, y por tanto, el pez carece de alimento en esa época. Ahora bien: llegada la primavera, cuando las aguas han aumentado su temperatura y las grandes avenidas de los ríos han cesado, el pez, obligado por el hambre y llegado el período de desovar, sale de sus albergues, y en esa época es cuando come con más apetito toda clase de cebo que se le presenta, prefiriendo como mejor manjar la mayor parte de los cebos vivos; sin embargo, el pez de grandes dimensiones de esta época suele comer en abundancia muela, garbanzo, patata (estos tres cebos se emplean en cebadero).

Llegado el mes de Mayo y en los meses de Junio á Octubre, el pez come mejor los cebos de río que los demás, y en estos meses sus cebos favoritos son, en peces de gran tamaño, la ova, el cangrejo de muda, la gusarapa, el casquillo, el gusano de gusarapa, el piojo de río, la negrilla y pardilla, sin olvidar que también comen muy bien la moscarda, el pan, la masilla, mosca de artemisa y otros; y en cebadero, durante los meses de Julio á Octubre, inclusive, la tripa, el renacuajo, la sangre, la pepita de melón y la uva.

Respecto á la hora en que el pez come cierto cebo no es fácil su determinación, pues mientras que en un pescadero un pez no come ova, por ejemplo, desde las cinco de la mañana hasta las doce, sin embargo, en aquel mismo pescadero comen

ese cebo á la una, á las dos, las tres, las cuatro ó las cinco de la tarde, pues se han dado casos en que en un pescadero de barbos al cebo del cangrejo no se ha podido coger en una mañana un solo ejemplar, y sin embargo, en ese pescadero se han cogido cinco anguilas; cosa extraña, puesto que la anguila come más de noche que de día...

LECCIÓN 18. *Aparejos del pescador de caña.*—Los aparejos que necesita un pescador de caña son: una caña como la indicada en la lección 1.^a; un carrete con ochenta ó cien metros de buen hilo torzal, fino y consistente; una corchera con seis ú ocho sedales para los diferentes cebos á que se destinan; una sacadora (cuya forma y dimensiones se describen en otro lugar), y como suplemento, un morral en el que llevará el pescador un macillo de pelo de coco, veletas, plumas, plomos, carrete de reserva, anzuelos de distintos tamaños, sedas para injertar los anzuelos, etc., etc.; pero lo que más necesita el pescador es tener mucha afición, saber manejar los aparejos, tener un buen ojo clínico para elegir pescadero y saber matar un pez.

Y por si se le ofreciera
hacer alguna objeción
á este alumno aventajado
respecto á alguna lección,
hágamela sin cuidado
«Un andaluz preguntón».

FÉLIX CAPDEVILA



DESDE VALENCIA

LA PESCA CON CAÑA EN EL PERELLÓ

(Conclusión.)

IV

El *galtirroig* se distingue de la *cabotalla* en que, á uno y otro lado de la cabeza, se le nota una pequeña mancha de color rojizo.

Para pescarlo se emplea una carnada menuda, que aquí decimos *molla de gamba*. Es, en concreto, la pulpa ó parte mollar blanda, esponjosa y blanca que contiene, que se le extrae, cada vez que ha de ponerse en el anzuelo, quitándole de un pellizco la cabecita y apretándole suavemente con los dedos el cuerpo en la parte de la cola. Sale con facilidad, y como es sumamente tierna, pronto se desprende del anzuelo, por lo que precisa cebarlo con frecuencia.

Á la *cabotalla* se le aplica este nombre vulgar entre los aficionados, para dar á entender que es la clase de lisa (y á la mezcla algún cabezudo y *galtirroig*) menuda, de mayor ó menor tamaño, pero pequeño generalmente, que más abunda y de la que suele cogerse en mayor cantidad.

Para el *cabezudo* y la *cabotalla*, el cebo más á propósito es la *gamba muerta*, una temporada, y otra, la *lombriz*, que se encuentra pródigamente y sin dificultad cavando en cualquier parte donde haya tierra húmeda. En muchas ocasiones, como quiera que se pesca con varias cañas á un mismo tiempo, se emplea ambas clases de cebo, y hasta como prueba, que á veces suele dar buen resultado, se alterna con el de la *molla de la gamba*.

Los que se dedican exclusivamente á coger *lisa*, se sirven de otro cebo que ellos mismos se preparan momentos antes de dar comienzo á la pesca. Se compone de harina de panizo y pan remojado con agua, con cuya mezcla se forma una masa algo espesa, de la que se van tomando pellizcos y pegándose sobre la paletilla del anzuelo, dejando éste casi al descubierto, pues así se sacan las lisas en mayor número, porque además de las que, al dar la mano, se cogen de la boca, otras se enganchan por bajo de la misma ú otra parte del cuerpo, esto es, se sacan robadas.

Hay quien las pesca con áncora pequeña de tres ó cuatro lengüetas en forma de anzuelos.

Semejante sistema requiere que el aparejo, desde luego de pelo de gusanos de seda, sea resistente, el corchito y la pluma

que sirve de veleta, largos, poco ó nada de viento y pescar casi con toda la cala que haya, de modo que el anzuelo ó el áncora permanezca á la distancia de tres ó cuatro dedos del piso del fondo: se necesita igualmente que el corchito con su veleta paren muy bien aplomados y que el pescador sea práctico, posea una vista perspicaz y ande muy listo, porque la picada de la lisa, en este caso, es, por lo suave, apenas perceptible, y por ello hay que dar la mano á la menor señal que se nota en el corchito, sin cuya oportunidad ya no se la coge.

Con dicho cebo se sacan lisas granadas, ó sea, de buen tamaño.

A esta clase de pescadores se les titula *pescadores de pasta*.

Otro aliciente se encuentra en el Perelló.

El de la pesca de *anguilas*. Se las halla á la hora del crepúsculo y en las primeras de la noche, que es cuando salen de sus madrigueras en bastante número, buscando la comida. Durante el día, sobre todo si están claras las aguas, se sacan muy pocas. Se pescan al tiento con caña corta, sin anzuelo ni corchito, sirviendo de aparejo un trozo de hilo bramante, delgado, que se ata á un extremo de aquélla: al final del hilo se coloca como cebo un puñado de las *lombrices* anteriormente citadas, lo que se consigue pasándolas previamente, una seguida de otra, á lo largo, por medio de aguja enhebrada con un pedazo de hilo blanco de coser, que tenga aproximadamente un metro, y la sarta de lombrices que resulta, unida con nudo por sus dos extremidades, afecta la forma de un rosario grande, que se va envolviendo en la mano, reduciéndolo á un pequeño rollo; en un punto cualquiera de éste y abarcando todas las sartas del mismo, se anuda el bramante que sirve de aparejo, y queda colgando el cebo asimilado á una borla, á la cual muerde la anguila, enganchándose sus diminutos dientes entre los hilos del rollo de lombrices, que por lo regular no suelta hasta sentir el golpe que recibe al sacarla del agua y caer sobre la embarcación ú otro sitio seguro.

A dicha clase de cebo le damos aquí el nombre de *molíná*; y para que al echarla el pescador al agua se sumerja con más prontitud, lleva el aparejo una pequeña bala de plomo agujereada en su centro, por cuyo orificio va pasando el hilo bramante, yendo á descansar sobre la *molíná*, esto es, en la parte superior de ella, en donde queda detenida, sin poderse escurrir hacia abajo.

Entre los muchos aficionados, no faltan algunos que se dedican, además, á la pesca marítima, con *caña también*, con *armall* y con *chamberga*, los días que reina viento favorable, que es el Oeste; y lo realizan saliendo al amanecer con la embarcación desde el *Pantano* por la *Gola del Perelló* al mar.

Si es con caña, el aparejo se compone de pelos un tanto gruesos de gusanos de seda, con su corchito de marca mayor, veleta adecuada y anzuelo de resistencia, para que aguante la resistencia de algunos peces como la dorada, el pajel y otros, que se defienden valientemente. En este caso se emplea como cebo la misma clase de *gamba muerta* que usamos en las aguas dulces del Perelló.

Aquí decimos *armall* á un aparejo formado por un largo y delgado cordel de cáñamo, con empalme en su extremo inferior de una trenza corta, hecha con enlace ó unión de varios de aquellos pelos entretijados, y anzuelo grande. Pescando con *armall*, que va provisto del plomo conveniente, ha de descansar sobre el piso del fondo parte del aparejo y la carnada ó cebo, para el que se utilizarán trozos de sardina, de anguila, de pescado, algún pez menudo, etc., y se sostiene con la mano ó sujeto á la embarcación. Aun siendo muy resistente esa clase de aparejo, hay pez tan grande y tan bravo que lo rompe de golpe ó con la potente fuerza de su dentadura, con una facilidad pasmosa.

La *chamberga* es otro aparato de pesca conocido vulgarmente con ese nombre. Es muy original, pues se compone de un hilo bramante mucho más fino ó delgado que el del *armall* y tan largo como requiere la cala ó el fondo donde se pesca, al que van

adheridos, si bien separados unos de otros á corta distancia, una porción de pelos de gusanos de seda ó crines ó cerdas de caballo, que cada cual lleva empalmado su correspondiente anzuelo, cebado con la misma *gamba muerta* mencionada.

Con tal sistema de aparejo, que asimismo lleva el plomo necesario, se pesca al aire, en mano y al tiento, ofreciendo la particularidad de coger con frecuencia de un tirón dos ó más peces, aunque pequeños.

Uno de los más constantes aficionados á la pesca marítima durante el veraneo, era el insigne doctor Moliner, mi querido é inolvidable amigo, que pasaba ratos muy deliciosos sacando variedad de peces y perdiendo aparejos que, con sin igual frescura, le robaba algún pez gordo, de esos que es imposible vencer.

Otro gran atractivo tiene el Perelló.

Me refiero á que hasta á los niños de ambos sexos y señoras y señoritas les alcanza tan agradable entretenimiento, pues se divierten extraordinariamente desde las orillas, y también embarcados, pescando róbalos pequeños (*llobarrets*) y camarones parecidos á los del mar, que los sacan á docenas.

Y para que la ilusión sea completa, pescamos en las embarcaciones, á la vista del público que pasea ó transita por las inmediaciones; estamos al habla con la familia y amigos, y en las pesqueras mismas, sin necesidad de movernos del sitio para nada, nos sirven en pocos momentos y con la mayor facilidad, el almuerzo, la comida y cuanto deseamos.

Ya ven, pues, los pescadores, mis dignos compañeros, si tenía razón al afirmar al principio la creencia, en mí arraigada, de que en toda España no debe haber otro sitio más cómodo y delicioso, ni mejor, para el ejercicio de tan higiénica y recreativa diversión.

Antes de terminar, una irresistible corriente de simpatía hacia los entusiastas pescadores de Rute y el distinguido pescador y cazador D. Félix Capdevila, producida en mí por la lectura de la chistosa, oportuna y bien escrita carta de 6 de Febrero, me obliga á mentarles de nuevo, no

con ánimo de aludirles para que se molesten en lo más mínimo contestando á este difuso escrito, sino para ratificarles mi cordial y sincera invitación á que vengan á visitar nuestro Perelló, y significarles que me sería grato en extremo conocerles y saludarles personalmente si les diese la humorada de aceptarla.

SALVADOR MARTÍNEZ

Valencia, Junio 1915.

Escopetas de las mejores marcas, á precios reducidos. Utensilios de caza, cronómetros, aparatos fotográficos y mil distintos objetos á precios increíbles. Verdaderas gangas.

AL TODO DE OCASIÓN—Fuencarral, 45.

Curiosidades cinegéticas

La estupidez del cisne.

El cisne es un ave tan tonta que muchas veces deja que se hiele el agua en torno suyo, sin advertir que queda aprisionado entre el hielo. En los países del Norte es muy frecuente que los dueños de estas aves tengan que acudir á romper el hielo para que se puedan retirar á su nido.

La estupidez del cisne contrasta con la inteligencia del pato. Cuando hace mucho frío y el agua empieza á helarse, los patos se ponen á nadar formando un círculo y así impiden que se forme hielo dentro de éste.

Otra de las cosas que demuestran la poca inteligencia del cisne es que si se encuentra una de estas aves á cierta distancia del agua y se la asusta, huye hacia el lago; pero antes de llegar empieza á hacer los movimientos que haría si estuviera nadando, sin duda porque el mismo miedo la impide darse cuenta de que no ha llegado al agua.

El cisne blanco común es muy cobarde. El cisne negro, á pesar de ser la mitad de pequeño, vence invariablemente á su con-génere blanco y concluye por matarlo.





JUNTO Á LA HOGUERA

FUÉ JUSTICIA DE DIOS

Sentados junto al hogar, tras un día frío y lluvioso, los cazadores esperan á que Martina, la guardesa, dé fin á la confección de succulenta cena. Martina anda de un lado para otro, dando los últimos toques á la cena de los señoritos, y éstos distraen el rato de espera con el relato de aventuras de caza y de amor.

Habla el más viejo de ellos, D. José Encinas, hombre millonario, militar retirado y gran cazador.

—No era yo costal de paja, sino un muchachote guapo, fuerte y arrogante, cuando conocí á Milagritos, la hija del guarda de «La Caldereta», finca de la que tomamos entre varios amigos unas acciones para cazar. Ya saben ustedes que yo, desde niño, fuí cazador, pues mi buen padre, que era uno de los más entusiastas de este *sport*, era, á la vez, lo que se llama un padrazo, y tan pronto como tuve edad de manejar una escopetilla de salón, me llevó con él al monte y me inició en las delicias de la caza. No es de extrañar, por tanto,

que se contase siempre conmigo para todas las excursiones venatorias y que, siendo yo muchacho, casi un niño, alternase con graves señorones, que gustaban de verme tirar á los conejos y abatir á las perdices. Y de ahí que cuando, recién salido de la Academia militar, me instalé en Granada, donde estaba de guarnición el regimiento á que fuí destinado, se me invitase á suscribirme al coto de «La Caldereta», que arrendaron conmigo varios distinguidos *sportsmen* de la ciudad de los cármenes.

Era el guarda un buen hombre, honrado á carta cabal, viudo y sin más compañía que Milagritos, su hija, encantadora chiquilla que por aquel entonces contaría sus buenos catorce años, y á cuyo cuidado dedicó el guarda todos sus afanes y desvelos. La educó lo mejor que pudo, y la chiquilla, que tenía una inteligencia muy despierta y un alma de mujer muy grande, era un verdadero encanto. Á decir verdad, yo no reparé en aquella chicuela hasta que me ocurrió un accidente que pudo costarme muy caro. Y fué que, persiguiendo á un bando de perdices por aquel monte, hartado quebrado y peligroso, fuí á caer en el fondo de un barranco y me rompí una pierna.

Me trasladaron á la casa del guarda, y los compañeros, entre los cuales iba un comandante de mi regimiento, acordaron que, para que no me moviera, quedase allí hasta que me encontrase en condiciones de ser trasladado á Granada. El buen guarda aceptó con entusiasmo el encargo que se le confió, y Milagritos se estableció á la cabecera de mi cama y fué la más solícita enfermera que pude soñar.

Entonces empecé á fijarme en que Milagritos tenía unos ojos preciosísimos, con unas pestañas largas y rizadas, que me miraban acariciadores é insinuantes, y vi que sus facciones eran finas y delicado su cutis, al que los puros aires del campo prestaban lozanía y frescura, sin robarles suavidad ni tersura...

—¿Aventurilla hubo?—preguntó Emilio Olivares.

—Aventuraza, estaría mejor dicho; porque, señores, la chiquilla aquélla pudo influir en mi vida de una manera decisiva. Continúo mi relato. Observé entonces que mi enfermera era linda y reparé, además, en que era discreta en grado sumo. Comprendí desde el primer momento que la muchacha se había prendado de mí, que repito que entonces era yo guapo, muy joven y de gentil apostura, todo lo cual puedo decir á mis cincuenta y dos años, y me propuse sacar el mejor partido posible de mi situación.

No recuerdo, señores, y os lo juro por mi fe de caballero, si hubo entre nosotros algo que pasase de la categoría de eso que ahora nuestra gente bien llama *flirt* y que entonces se denominaba *discreteo*. Aseguraría que no. El caso es que cuando, al cabo de un mes, pude abandonar la casa del guarda de «La Caldereta», dejaba en ella, como pago á los solícitos cuidados de que me había hecho objeto, un corazón de niña destrozado.

Pocos meses después fuí trasladado á Madrid, conocí á la mujer con quien poco más tarde me casé, y olvidé casi por completo aquel amor puro y sincero que dejara en la serranía granadina.

Ya conocen ustedes la desgraciada historia de mi matrimonio, que no quiero re-

cordar porque es el gran dolor de mi vida. Después de aquella horrorosa tragedia, en la que se deshizo mi alma y se derrumbó toda mi vida, dejé la carrera de las armas y busqué en el ejercicio de la caza el olvido de los dolores.

Un día recibí una invitación de unos amigos míos para ir á cazar á un monte de su propiedad, en la provincia de Granada. Acepté encantado. Hacía más de seis años que yo no iba á Granada, y me entusias mó la idea de contemplar otra vez su cielo azul y su espléndida serranía. Mi sorpresa fué grande cuando supe que la finca en que habíamos de cazar era «La Caldereta», y al punto vino á mi mente el recuerdo de aquella niña que con tanto cariño me había asistido algunos años antes. Pregunté por ella á uno de los compañeros, á quien tuve que contar la historia.

—Pues, hijo—me respondió—, ahora verá usted á Milagritos, que está bonita como una onza de oro. Pero le advierto que la niña es hurafia como un gato montés.

No puedo negar á ustedes que la noticia me agradó. Me hubiera molestado que la chiquilla aquélla fuera asequible á cualquier galán. ¿Por qué, si yo hasta aquel momento no había vuelto á acordarme de ella? No lo sé; acaso por un romanticismo estúpido; pero el caso es que me agradó la noticia.

Llegamos al cazadero; pasamos la mañana cazando, y á la una del día fuimos á la casa del guarda en busca de la comida. Tan pronto como me vió el buen viejo, me reconoció.

—¿Señorito Pepe! ¿Usted por acá al cabo de tanto tiempo? ¿Y la pierna? ¿Se resiente usted de ella? ¡Milagros, ven, que está aquí el señorito Pepe!

Apareció en la puerta de la casa Milagros. Estaba hermosa. Sus facciones se habían acentuado; sus ojos tenían más brillo, y aunque habían perdido su ingenuidad, tenían más expresión; su cuerpo se había llenado y era lo que se llama una mujer hermosa. Pálida por la emoción se acercó á nosotros. Yo sentí un peso muy grande, una opresión enorme en el pecho y en las

sienes... y no sé lo que dije á Milagritos ni lo que contesté á las bromas con que los compañeros me zahirieron... ¿Era aquello remordimiento? ¿Era amor? No podría decirlo.

Sé únicamente que me pasé toda la tarde planeando un proyecto descabellado. Yo quería hacer feliz á aquella muchacha, en cuya turbación leí que conservaba puro el amor que desperté en su alma de niña montaraz; mi instinto me decía que mi felicidad estaba en su cariño... Pero yo sabía que ella era honrada y buena, y yo estaba casado, por mi desgracia...

No la dije nada. Á la mañana siguiente abandoné el cazadero, sin decir nada á nadie, maldiciendo de la hora en que no abrí bastante bien los ojos para ver la felicidad delante de mí, al alcance de mi mano...

Como ven ustedes, la historia es vulgar, corriente. ¿Quién no ha engañado á alguna mujer una vez siquiera en la vida? Pero para mí tiene interés, porque me recuerda que dejé un cariño puro y bueno, el cariño de una niña criada en el monte y con un alma virginal, para entregar mi apellido á una mala mujer, que arrastró por el lodo mi honra y truncó para siempre la felicidad de mi vida...

¿Fué justicia de Dios? ¿No había yo destrozado antes el alma de una virgen inocente que puso en mí su amor?

La voz de Martina, la guardesa, anunciando que la comida espera, pone fin á los comentarios que D. José Encinas pensaba poner á la narración de su historia. Los cazadores se sientan á la mesa y empiezan á comer silenciosamente, como si la historia referida por D. José les hubiera impresionado grandemente. Todos hacen examen de conciencia... y se acuerdan de que Dios es justiciero...

ALFONSO VILLALVA



CHARLAS CINEGÉTICAS

EN PLENA VEDA ⁽¹⁾

Las perdices hablan.

Este paso de casi comedia dramática tiene lugar en pleno monte de abrupta sierra, en un día entibiado y caluroso de sol abrileno.

No tiene más personajes que unos cuantos pares de perdices, que dando tregua por unas horas á sus solitarias delectaciones amorosas, se han reunido en cónclave ó asamblea para charlar un rato y echar pestes de los cazadores.

Época: la actual, en plena veda de caza. No hay telón, ni hace falta.

Comienza el acto breve.

Perdiz primera.—Queridos compañeros: Yo, que soy la perdiz más vieja de estos contornos, os he convocado aquí con licencia de mi esposo—este perdigón decrepito, que apenas si «cuchichea» ya—para enseñaros el medio más seguro de evitar que nos cacen criminalmente, con orzuelos y alares, esos sinvergüenzas de dañadores, que van á terminar con nuestra raza en poco tiempo.

Perdigón segundo.—Bueno; pero ahora estamos en época de veda; ya no se oyen los estampidos de los tiros de los cazadores; la paz reinará ya en nuestros campos hasta el 1.º de Septiembre, y así se puede vivir, ¡así da gusto!

Perdigón primero.—¡Cu-chi-chi! ¡Cu-chi-chi!

Perdigón segundo.—¿Qué dices?

Perdigón primero.—¡Que sí, sí! Que no eres tú mal panoli. ¡Cómo se conoce que naciste el año pasado!; eres pájaro de primer celo, y no sabes que precisamente ahora, en tiempo de veda, es cuando más peligros nos amenazan.

Perdiz segunda.—Eso lo dirás por los ca-

(1) De *La Correspondencia de España*.

zadores de reclamo, los que nos acechan metidos en los *puestos* ó *tollos*.

Perdigón primero.—Quita, mujer; no digas sandeces: los cazadores con reclamo y en *puesto*, esos, esos son unos beatíficos y pacienzudos, y, hasta si se quiere, infelices señores, que no destruyen, que no pueden destruir á nuestra raza; á los cazadores volateristas es á los que hay que temer; cada uno de éstos, en un día, nos hace más mortandad que un *puestero* en todo el cielo, es decir, en todo el año.

Perdigón tercero.—Bueno; pero no me negaréis que ahora, como no sea algún que otro cazador furtivo, nadie se mete con nosotros; vivimos tranquilos.

Perdiz primera.—¡Vamos, hombre, no seas lila! Precisamente ahora, en plena veda, es cuando nos amenazan los mayores peligros. Vosotras, queridas compañeras, puesto que estamos á primeros de Abril, supongo que ya tendréis confeccionados vuestros nidos, y para el próximo Mayo habréis hecho vuestra postura de huevos. Bueno; pues ya veréis cómo, si no andáis listas, ocurrirá lo que el año pasado: que vendrán los infames *recoveros* y os robarán los huevos, para que en los caseríos y palacios de los grandes *cotos* los incuben sendas gallinas, preparadas al efecto, y os quedaréis como si fuerais estériles, sin hijitos que criar.

Perdiz segunda.—Pues eso es una salvajada.

Perdigón primero.—Claro que lo es; pero es obra de los hombres, y aunque las leyes lo prohíben, lo hacen, y cuando no cogen nuestros nidos los *recoveros* para aumentar la caza en los grandes *cotos*, los cogen los pastores, los esparragueros, los segadores, los guardas y *tutti quanti* campan y campean á sus anchas por el monte.

Perdiz primera.—Bueno; pues todo esto es tortas y pan pintado comparándolo con lo que luego corre allá, al Agosto, cuando, por fortuna, hemos logrado criar á nuestros hijos y nos constituímos en bandos, entonces, entonces es cuando es más grande nuestro calvario.

Perdiz tercera.—¿Pues qué pasa en Agosto?

Perdiz primera.—Pues, nada, hija mía; que entonces vuelven esos *recoveros* de los grandes *próceres*, pero vuelven en cuadrillas de quince ó veinte *energúmenos*, preparan *orzuelos*, ó sean trampas para que caigamos dentro; comienzan á batirnos, á perseguirnos con pedradas de honda, haciéndonos volar al sitio de las trampas, y allí caemos á millares, vivitas y coleyando; nos cogen, nos meten en banastas, y esos infames *recoveros* nos venden á buen precio á los *próceres*—¡siempre los *próceres*!—, los cuales ordenan que con el mayor cuidado nos den suelta en sus grandes vedados de caza.

Perdiz cuarta.—Ca-ra-cata-chá. ¡Qué gusto que da! ¡Pues benditos sean esos *próceres* que dices, puesto que nos devuelven la libertad!

Perdigón primero.—¡Pero qué habieca eres, muchacha! ¿Es que tú te figuras que esos grandes señores, dueños de grandes *cotos*, nos compran para darnos la libertad?

Perdiz cuarta.—¡Naturalmente!

Perdiz primera.—Quítate, infeliz: nos compran en Agosto á fin de tener luego, en el otoño, en sus *cotos* caza abundante para sus grandes cacerías, y entonces, al volateo, nos exterminan.

Perdigón tercero.—¡Pues estamos lucidos!

Perdiz primera.—Por eso os he citado aquí, para que cuando lleguen las cuadrillas de *recoveros* no hagáis caso de piedras, ni de chasquidos de hondas, ni de gritos, ni de nada; no moveros, esconderos debajo de las matas, no alzar el vuelo, no vayáis hacia las sendas falaces donde disimuladamente están los *orzuelos*, es decir, nuestras cárceles provisionales.

Perdigón cuarto.—¡Bravo; muy bien! ¡Viva nuestra perdiz abuela! Merece por esa saludable advertencia que organicemos en su honor un banquete—ya que esta clase de homenajes está ahora tan en boga—, y no lo celebraremos precisamente en el Hotel Palace, pero sí en mi jurisdicción, donde mi hembra y yo gozamos tranquilos las sublimidades de nuestro amor. Allí hay un abundoso y esmeráldico sembrado á pedir de pico. ¿Aceptáis?

Todas las perdices.—Aceptado por unanimidad.

Perdiz primera. (Asustada.)—¡Silencio; callad por Dios! Se me figura haber oído el jadear de un perro. Huyamos, sigilosas, apeonando.

En efecto: un escuálido perro pachón toma el rastro de las perdices reunidas en asamblea, hasta que las alcanza y las hace dispersarse á vuelo. Inmediatamente se oye una detonación, producida por el disparo de un cazador furtivo, y cae herida y moribunda la pobre perdiz primera, la abuela, la consejera, la cual, antes de exhalar el último suspiro, y ya en la boca del pachón, exclama con angélica bondad resignativa:

—No esperaba ahora la muerte; pero muero contenta, porque me ha dado antes tiempo para enseñar á mis pobres compañeras cómo deben librarse de la maldad de los hombres.

Y como digo al comienzo, no cae el telón porque ni le hay, ni hace falta.

DR. CORRAL Y MAIRÁ

Linares, Abril de 1915.



EL CAZADOR⁽¹⁾

Á las tres de la mañana don Lucas de Cereceda miraba con embeleso al cielo, tras de la reja, y frotándose las manos con satisfacción inmensa, se proponía pasar la mañana en la pradera para probar un *reclamo* (una perdiz de primera, impaciente por salir, como su dueño, á la dehesa).

Cogió Lucas el morral y la jaula y la merienda, dirigiéndose contento al puesto de la pradera

(1) Del libro *Bipios vulgares*.

donde otros días felices cobró numerosas piezas. Llega, coloca el *reclamo* (tardío en cantar), y hojea *La Hoja de Parra*, revista que á los viejos embelesa. Y enfrascado en la lectura no notó que una pareja de civiles se aproxima y poco á poco se acerca, pidiéndole muy cortés les mostrase la licencia. Cosa bastante difícil, pues Lucas de Cereceda secretario del Juzgado, monaguillo de una iglesia y sastre-reformador y maestro de vihuela, jamás pudo permitirse malgastar esas pesetas que el Fisco, exigente, pide al que cazar así quiera. —Pues si no la tiene usted ha de darnos la escopeta. Y el pobre diablejo aquel de Lucas de Cereceda, acongojado, nervioso, con el rostro cual la cera, la busca, mira y remira y no puede dar con ella, teniendo que confesar á los de la Benemérita que se la había dejado ¡colgada tras de la puerta!

E. PELÁEZ MASPONS.

Madrid y Junio de 1915.



Tiro de pichón en Aranjuez

Organizada por unos cuantos entusiastas de Aranjuez, entre los que se encuentran los Sres. Mahou, Richer, Rodríguez, González-Gordón, Ruiz J., Ruiz Senén y otros, y á pesar de la falta de tiempo, se efectuó en dicho Real Sitio una tirada de pichón el día de San Fernando. La tirada fué brillantísima, sin faltar detalle en la instalación, con lo cual han demostrado

su competencia en la materia y acreditado sus aptitudes organizadoras, tanto dichos señores, como la Asociación General de Cazadores y Pescadores de España.

La Asociación General de Cazadores y Pescadores de España estuvo representada por su infatigable y digno Secretario D. Alfredo de Castro y el notable é inteligente Vicesecretario D. Sebastián Moro.

Se envió un equipo, de tres tiradores de la Asociación, formado por los señores Moro, Castro y Torrecilla.

Un ligero accidente privó al Sr. Castro tomar parte en la tirada.

Se empezó la tirada con el llamado de prueba, el que entraron á disputarse los Sres. Richer, Rodríguez, González-Gordón, Torrecilla, Crueglez, Mahou, López Reyna, Sánchez Coll, Valle, Iravedra, Ruiz J., Ruiz Senén y Moro.

Partieron los Sres. Rodríguez y Torrecilla, con tres pichones.

A continuación se verificó la tirada para disputarse una magnífica copa, regalo del Ilmo. Ayuntamiento de Aranjuez, á ocho pichones; dos ceros excluían, con derecho á igualar.

A la quinta vuelta llegaron sin haber hecho cero los Sres. González-Gordón, Mahou, López Reyna y Valle; y con cero los Sres. Rodríguez, Torrecilla é Iravedra.

En la quinta vuelta hacen cero los señores Mahou é Iravedra, quedando éste excluido.

Matan todos el pichón siguiente, menos el Sr. Mahou que queda fuera.

En el séptimo pájaro queda excluido el Sr. Rodríguez, y los Sres. González-Gordón y Valle hacen su primer cero, y es lástima, pues llevaban una bonita tirada. Llama la atención lo pronto y bien que repite el tiro el Sr. Valle, pues pichones fuertes, errados del primero, los mata en seco del segundo, sin haber volado un metro.

El pájaro 8.º era de expectación por lo que se refiere al Sr. López Reyna, pues si lo erraba no era fácil decir cuál de los cuatro sería el que llevase el *gato al agua*. Pero á pesar de la emoción, tiró y mató, estallando una salva de aplausos en su honor por haber matado los ocho pichones

sin hacer cero, quedando, por consiguiente, en posesión de la copa del Ayuntamiento.

Quedan para disputarse el segundo premio los restantes, empatados á siete pichones de ocho, y hay sus opiniones por cada una de las tres escopetas. Tiran el 9.º pájaro los Sres. G.-Gordón y Torrecilla, que lo matan, y como el Sr. Valle hace cero, queda excluido. Vuelven á tirar los dos primeros y también matan, y en este pájaro partieron el importe del segundo premio, y siguen tirando por la *honrilla*, ganando el Sr. G.-Gordón con diez pichones muertos de once tirados y el Sr. Torrecilla nueve de once.

Como quien es el Sr. López Reyna, estrenó la preciosa copa tan brillantemente ganada, obsequiando con *champagne* á las señoras y contrincantes.

Si no por el aire, creo que el Sr. Mahou hubiese llegado á *morder* el segundo premio, pues también hizo tiros superiores. Lo mismo puede decirse del Sr. Rodríguez.

Seguidamente se jugó el premio del Casino de Aranjuez, consistente en un bonito reloj de pulsera para caballero; á cinco pichones; un cero excluye, con derecho á igualar.

Como el pícaro aire sopla con fuerza, hacen cero en el primer pichón todos los tiradores, menos los Sres. González-Gordón, Torrecilla, Mahou, López Reyna, Valle, Iravedra y Moro; el 3.º y 4.º pájaro sólo los matan los Sres. G.-Gordón, Torrecilla y Mahou, y el 5.º el Sr. Torrecilla, quedando ganador del primer premio.

Vuelven á tirar los dos restantes, y como erró el Sr. Mahou, queda también ganador de este segundo premio el Sr. González-Gordón, por el que es felicitado nuevamente.

En cuarto lugar se tiró el premio de la Asociación de Agricultura de Aranjuez, consistente en una bonita figura de sobremesa con un reloj péndulo en la mano. Condiciones, cuatro pichones; dos ceros excluyen.

El Sr. Richer empezó bien; pero por falta de rapidez en el segundo tiro, aun

matando, no se le contaron como buenos los pichones 3.º y 4.º por caer fuera de la red.

Llegan al 4.º pichón los Sres. G.-Gordón (que lo erró y quedó excluido), Crueglez, López Reyna, Ruiz Senén, Valle é Iravedra, haciendo cero estos dos y matando los otros. El 5.º lo yerran tres tiradores, entre ellos el Sr. Crueglez, el que no hizo mejor tirada, á mi juicio, por tirar con pólvora de humo, y esto le impedía ver con rapidez seguir volando el pichón después del primer tiro, y aunque muchos los mataba del segundo, caían ya fuera de la red. Al 6.º pichón sólo llegaron los señores Ruiz Senén y López Reyna, pero erró éste, quedando ganador del primer premio el Sr. Ruiz Senén, al que también se ovacionó. Esta fué una tirada de pichones difíciles, por lo cual es mayor el triunfo de los Sres. Ruiz Senén y López Reyna.

Jugábanse después los premios de las señoras, que consistían en una sombrilla, un abanico y un bolsillo de mano, todos de buen gusto.

Ganan: el Sr. Ruiz el 1.º, el Sr. Torrecilla el 2.º y el Sr. G.-Gordón el 3.º, y fueron favorecidas con dichos premios las señoritas Andrea Navarro, María Rodríguez y Adela Hernández.

Por causa de la lluvia se tira á brazo y á un pichón el premio de la Asociación de Cazadores y Pescadores de España, compuesto de un bonito cenicero de alabastro con una figura de cobre, representada por una zorra, y una boquilla de espuma y ámbar.

En esta tirada vuelve el Sr. Rodríguez por sus fueros de buen tirador y consigue llevarse el primer premio, y quedan disputándose el segundo los Sres. González-Gordón, Mahou y Ruiz Senén; pero la mala suerte persigue á éste, que es un buen tirador á brazo, como lo demostró después matando ocho pájaros seguidos, y sin embargo, se quedó sin éste en el pichón 4.º y el Sr. Mahou en el 5.º, ganando el Sr. G.-Gordón con cuatro buenos de cinco tirados.

Me parece que el Sr. G.-Gordón hizo *trampa*, pues como domina las *ondas hert-*

zianas á la perfección, debió matar algún pájaro por este procedimiento, pues hizo tiros magníficos.

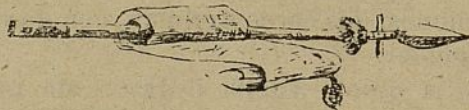
De director de tiro actuó el Sr. Mahou, y con su competencia é imparcialidad resolvió todas las dudas, quedando amigo de todos por su justicia.

Mi voto de gracias á todos por su amabilidad y corrección, sin olvidar á D. Mariano Hernández, que llevó la contabilidad con su pericia acostumbrada.

Termino esta larga reseña diciendo como el baturro del cuento, «que si ripita», aunque no sea más que por contemplar aquellas caras tan bonitas que, por sus simpatías, reunieron los tiradores de Aranjuez.

En resumen, una agradabilísima tirada, por la que damos la más entusiasta enhorabuena á los aficionados de Aranjuez, á la Asociación General de Cazadores y Pescadores de España y á los Sres. Moro, Castro, Torrecilla y Hernández (D. Mariano).

J. CORTARELLI



BIBLIOTECA DE CAZA Y PESCA

Recuerdos de montería.—Notabilísimo folleto de D. Diego Muñoz Cobo. Nuestros lectores pueden hacer los pedidos á la Administración de esta Revista; precio, una peseta. Los de provincias enviarán 30 céntimos para franqueo y certificado.

Notas de caza; está próxima á agotarse la primera edición de tan notable libro, cuyo autor es el entusiasta aficionado don Francisco Bru. Por lo interesante, ameno é instructivo debe figurar en la biblioteca de todos nuestros lectores. Los que deseen adquirirlo pueden dirigirse á la Administración de esta Revista, que los facilita al precio de 2 pesetas; nuestros lectores de provincias enviarán 30 céntimos más para franqueo y certificado.

Imprenta de Jaime Ratés, costanilla de San Pedro, 6.